

mano menor Miron á compartir con él el solio, acaso porque así fuese la voluntad testamentaria de su padre. Mas como sobreviniese á Miron una muerte anticipada (31 de octubre de 966), quedó otra vez Borrel II. solo para contrarrestar las tormentas que no habian de tardar en amenazar á Cataluña como á los demas estados cristianos españoles. Promovió entre tanto el segundo Borrel las fundaciones religiosas, y agregó á su corona el condado de Urgel por muerte sin sucesion de otro Borrel primo suyo, titulándose duque y príncipe de la Marca hispana, aun cuando los demas condados no viniesen vinculados al de Barcelona, pero al cual iban de esta manera incorporándose (1). Este era el conde soberano de Barcelona al advenimiento de Ramiro III. al trono de Leon.

En Navarra acabó en 970 su vida y reinado García Sanchez el Temblon, sucediéndole su hijo Sancho García II. llamado Sancho el Mayor, de no mas edad acaso que Ramiro el de Leon, y cuyo larguísimo reinado, el mas dilatado que se habia conocido, pues le haceu durar cerca de sesenta y cinco años, fué tambien uno de los que ejercieron mas influjo en la suerte futura de España. Y como si estuvieran los es-

(1) Documentos del Archivo de la antigua corona de Aragon, citados largamente por Bofarull en los *Condes vindicados*. Recordamos al lector la rectificacion de la Cronologia de los condes de Barcelona hecha por Bofarull, distinta de la que hallará en todas las historias generales de España y particulares de Cataluña anteriores á sus investigaciones.

tados cristianos destinados á sufrir en este tiempo una renovacion general en el personal de sus príncipes, acaeció en el propio año en Burgos (970), la muerte del célebre conde de Castilla Fernan Gonzalez, que tantas inquietudes habia causado á los reyes de Leon, que tantas batallas, ya prósperas, ya adversas, habia sostenido contra los musulmanes, uno de los mas activos y briosos adalides de aquella edad, y el fundador de la independencia de Castilla. Enterrósele en el monasterio de Arlanza reedificado por él, y le sucedió en la soberanía de Castilla su hijo García Fernandez (1).

(1) La biografía de este famoso parsonage ha sido adicionada con tan maravillosas hazañas y estrañas aventuras por los historiadores y romanceros de los siglos XIII. al XVI, que vino á ser manantial fecundo é inagotable de asuntos dramáticos para los poetas. Y aunque estamos persuadidos de que los únicos hechos señalados y auténticos del insigne conde castellano que constan de las verdaderas fuentes históricas son los que dejamos consignados, basta la popularidad que aquellas han adquirido para que no dejemos de hacer una rápida y sucinta reseña de ellas, siquiera porque esta misma celebridad es ya histórica, y para que el lector pueda tambien juzgar por sí mismo si tales proezas debien pertenecer á la historia ó al romance.

La fama, dicen, de Fernan Gonzalez volaba ya por el mundo desde su mocedad. Una de las hazañas que empezaron á darle prez y á

hacer resonar su nombre fué el desafio con el rey de Pamplona Sancho Abarca. Fernan ó Fernando se habia entrado con un ejército por los estados del rey de Navarra á tomar con la punta de su lanza la satisfaccion que no habia querido dar á sus embajadores. Encontráronse los dos ejércitos y se embistieron con igual impetu y corage; pero como en mucho tiempo ninguno de ellos venciese ni fuese vencido, impacientes entrambos generales, se retaron como buenos caballeros para decidir la contienda personalmente y cuerpo á cuerpo. El combate fué tan reñido y fuerte que ambos á un tiempo cayeron heridos, con la diferencia que Sancho Abarca exhaló allí el último aliento, y el valeroso conde de Castilla no solo volvió á levantarse sino que se sintió con fuerzas para pelear seguidamente con el conde de Tolosa que salió á vengar al difunto rey de Navarra, é hizolo con tal brio

Solo Alhakem II. continuaba en Córdoba en paz con los cristianos y entregado á las reformas interiores del reino y á los placeres literarios, mas de su

que de un bote de lanza le derribó tambien al suelo sin vida, y echó luego del campo á los enemigos, permitiéndoles solo por gracia y generosidad que se llevasen los cadáveres de los dos principes. Mas los que inventaron esta proeza no tuvieron presente, que habiendo muerto Sancho Abarca hácia los años 924 ó 26, en que suponen la exaltacion de Nuño Rasura, á quien hacen abuelo de Fernan Gonzalez, ó este era un niño cuando mató al rey de Navarra ó acaso no habia nacido todavia.

En cuanto á batallas y victorias contra los moros atribúyense tantas que no se dan vagar unas á otras, y tan maravillosas que no hay términos como poderlas ponderar. Con cien caballos y quinientos infantes derrotó el dia de San Quirce un numerosísimo ejército de infieles, en memoria de lo cual edificó una iglesia á aquel santo en el lugar del combate. El dia de la batalla de Simancas, á consecuencia de un voto que hicieron el rey de Leon y el conde Fernando á sus respectivos santuarios de Santiago y San Millan de ofrecer un donativo anual y perpétuo á las dos iglesias si les concedian la victoria, ademas del eclipse de sol que privó á los hombres de luz por mas de una hora, aparecieron en el aire estrellas ambulantes y cometas de figura espantosa, abrasándose las tierras en viva llama, y se vió pelear en la vanguardia del ejército cristiano sobre caballos blancos dos personajes celestiales, que unos decian eran dos ángeles y otros conocieron ser

Santiago y San Millan, el primero en defensa de los leoneses y gallegos y el segundo de los castellanos, y que por eso Leon y Castilla se repartieron el trabajo y las victorias, ganando don Ramiro la primera en Simancas y Fernan Gonzalez la segunda despues en Alhóndiga. A esta siguieron otras muchas en diferentes puntos, casi todas con intervenciones misteriosas, y no podia dejar de adjudicársele la derrota de aquel supuesto general moro *Azeipha*, que ni fué moro ni cristiano, ni general ni hombre.

Pero las dos mas famosas batallas fueron las dos que dicen dió al valeroso y célebre Almanzor á fines del reinado de Ordoño III. y principios del de Sancho, es decir, sobre unos veinte y tres años antes que Almanzor comenzara á darse á conocer como regente del califa Hixem. Acompañaron á estas batallas lances dramáticos y aventuras novelescas, prodigios y milagros patentes. Almanzor habia acudido con un ejército de ochenta mil hombres; las fuerzas de Fernan Gonzalez eran infinitamente inferiores en número; pero este no era un inconveniente para el intrépido conde, que resueltamente marchó con sus escasas tropas á la villa de Lara, por donde los infieles tenian que pasar. Mientras llegaban, quiso divertirse en perseguir un jabali, que aventado del monte se metió en una ermita en que vivian retirados tres santos varones, Pelayo, Arsanio y Silvano. Al encontrarse el conde con una capilla y un altar parecióle

gusto que las guerras y el choque de las armas. Lejos de aprovecharse de la propicia coyuntura que le ofrecia la tierna edad de los reyes de Leon y de Navarra,

mas oportuno hacer oracion que perseguir la fiera, y puesto de rodillas oró á Dios muy fervorosamente por la felicidad de sus armas. Allí pasó toda la noche, ya orando, ya departiendo con el buen Pelayo, quien le anunció de parte de Dios, que ganaria la batalla, pero que antes sucederia una catástrofe impensada y fatal. No nos dicen qué fué entrelanto del jabali, aunque es de suponer que se volveria al monte.

En efecto, el dia de la batalla un caballero llamado Pedro Gonzalez, que tenia fama de valiente, quiso adelantarse con su caballo, y de repente se abrió la tierra y los tragó, sin que jamás volbiesen á parecer ni caballo ni caballero. Quedó con esto el ejército helado de asombro y hubiera querido retroceder si el conde á voz en grito no hubiera avisado que aquella precisamente era la señal de la victoria que le habia dado el ermitaño, con lo que realentado el ejército acometió con tal impetu que en poco tiempo desbarató y destruyó aquel enjambre de mahometanos. Y como mas adelante volbiesen otra vez los sarracenos con duplicadas fuerzas, siendo limitadissimas las del conde, no tuvo reparo en atacar á los infieles, seguro de la victoria, porque así se lo habia ofrecido el mismo ermitaño, que ya difunto se le apareció entre sueños la noche que precedió á la pelea. Duró, no obstante, tres dias el combate, hasta que el apóstol Santiago vino á dar visible ayuda á los cristianos, y entonces se cansaron de matar moros

por espacio de dos dias sembrando de cadáveres toda la tierra. En reconocimiento de tan señalada proteccion de Dios y de sus santos, reedificó el antiguo monasterio de San Pedro de Arlanza, objeto predilecto de su especial devocion hasta el último dia de su vida.

A esta serie de gloriosas hazañas añaden una cadena de aventuras amorosas. Diremos algunas de ellas. Fué el caso que la reina viuda de Navarra doña Teresa, deseando vengar la muerte que el conde habia dado á su padre don Sancho Abarca, discurrió inducirle con palabras dulces y engañosas á que se casase con su hermana doña Sancha, pero con la torcida intencion de que esto sirviese solamente como de anzuelo para llevarsele á Pamplona, y allí hacerle prender de acuerdo con el rey don Garcia. Marchó, pues, el conde á Pamplona con la alegría y satisfaccion de quien va á enlazar su mano con la de una princesa ilustre. Pero el placer de novio se convirtió muy pronto en amargura de prisionero, viéndose encarcelado sin atinar el delito ni la causa. La reina, sin embargo, no logró por esta vez su objeto, porque la princesa, á quien sin duda pareció bien el conde y en su virtud apetecia ya que las fingidas bodas pasasen á veras, ingenióse para sacarle de la cárcel, y escapándose con él llegaron felizmente á Burgos, donde efectuaron su matrimonio.

Indignado el rey de Navarra con la fuga del conde, y mas todavia con la de su hermana, salió inmediata-

respondia á los que le instigaban á la guerra, entre ellos algunos tráfugas castellanos, con aquellas palabras del Profeta: «Guardad fielmente vuestros pactos, y Dios os lo tomará en cuenta.»

mente con sus tropas para Castilla, resuelto á volverle á prender muerto ó vivo, como pudiese. Pero no pudo de ninguno de los modos, antes fué él el que quedó preso del conde, quien le retuvo mas de un año, hasta que las lágrimas de doña Sancha y los ruegos de los demas príncipes aplacaron el ánimo del héroe castellano. No desistió de su proyecto de venganza la reina viuda. Persuadió, pues, al rey don Sancho de Leon á que con pretexto de celebrar cortes generales llamase al conde y le hiciese prender. Así se verificó, cayendo el bueno de Fernan Gonzalez en este segundo lazo, que por lo visto era el conde mas valiente y hazañoso que cauteloso y precavido. Mas sabedora de su nueva prision la ya condesa doña Sancha, que debía ser señora no poco varonil y resuelta, púsose luego en viage con pretexto de ir á visitar el cuerpo del apóstol Santiago. A su tránsito por Leon obtuvo la gracia de pasar con su marido en la cárcel toda una noche, y al amanecer puso al conde sus vestidos, con los cuales salió disfrazado sin que la guardia se apercibiese de ello, quedando doña Sancha en la cárcel vestida con los del conde. Cuando le pareció que éste se hallaria ya en lugar seguro, escribió al rey una carta diciendo: «Señor, aquí me teneis en la cárcel en lugar del conde mi marido, con quien yo he trocado mi libertad. Si os hice injuria en tomaros un preso, lo re-

compenso enteramente con mi persona entregándome prisionera en su lugar, para que me considereis culpable de sus mismos delitos, si es que los tuviese, y cargueis sobre mí todo el peso del castigo que él hubiere merecido. Dos cosas solas os suplico que considereis; que yo soy hermana de vuestra madre y muger del prisionero á quien he libertado. Si os ensangrentais contra mí, os bañareis las manos en vuestra misma sangre, y si castigais mi único delito, castigareis la piedad de una muger para con su marido, etc..»

Sintió mucho el rey al principio el engaño, pero despues aplacado su oñojo con la razon alabó el valor de su tia, y mandó que la llevasen á su marido con grande acompañamiento.

Pero aun es mas peregrina la manera cómo logró el insigne Fernan Gonzalez hacerse conde soberano é independiente de Castilla, al decir de los mismos historiadores. Cuentan que el rey don Sancho de Leon se enamoró de un hermoso caballo y de un halcon de singular habilidad que el conde tenia, y como no quisiese admitirlos en concepto de regalo por mas que el conde se empeñara en ello, los adquirió á un precio considerable, conviniéndose en que de no pagarlos el dia que se designó, por cada dia que pasara se duplicaria el precio. No los pagó el rey no sabemos por qué; y al cabo de siete años, resentido Fernan Gon-

Las nuevas recibidas de Africa vinieron á turbar al sábio califa en sus pacíficos goces. La ambicion de los Fatimitas habia vuelto á inquietar el Magreb some-

zalez de los malos tratamientos que de Sancho habia recibido, reclamó la paga de su caballo y de su halcon, pero se halló que la suma en este tiempo habia subido tanto que no habia en el tesoro real dinero con que satisfacerla; y en su virtud se concertaron los dos en que el conde en recompensa de la deuda quedaria desde entonces soberano independiente de Castilla sin reconocer ningun género de vasallage á los reyes de Leon. Por mas que la anecdota no carezca de cierto gusto romancesco, tal es su carácter de conseja que hasta los historiadores menos criticos y menos escrupulosos miran ya como cargo de conciencia el admitirla.

El prurito de formar lineas genealógicas, el empeño de hacer á Fernan Gonzalez descendiente directo é inmediato de los jueces de Castilla, y el error de suponer hereditario el condado de Castilla en un tiempo en que todavia no lo

era, ha suscitado cuestiones cronológicas de dificilísima solucion, si posible acaso, dado que se admitan aquellos principios. Lo que mas averiguadamente consta es que esta parte de España nombrada antiguamente Bardulia, que desde las conquistas de los primeros Alfonsos comenzó á llamarse Castilla por los muchos castillos que para la defensa de sus estados fueron levantando aquellos príncipes, comenzó tambien entonces á ser regida por condes ó gobernadores á estilo de los godos, pero dependientes de los reyes de Asturias y Leon. El primer conde de quien se tenga noticia cierta fué un Rodrigo, sin duda de origen godo á juzgar por su nombre, pero de familia desconocida. Este Rodrigo fué el poblador de Amaya, (villa á nueve leguas de Burgos), la cual hubo de hacer como la capital del condado, mientras duró su gobierno, como parece indicarlo aquel antiguo refran:

Harto era Castilla pequeño rincon,
Cuando Amaya era la cabeza y Fitero el mojon.

Hijo de este Rodrigo fué Diego Rodriguez Porcellos, el fundador y poblador de Burgos (884), destinada á ser el núcleo y la verdadera capital del condado. Prosiguieron los condes gobernadores, no en linea genealógica ni con titulo hereditario, sino como autoridades amovibles puestas por los reyes; y á veces no mencionan uno solo las historias, sino varios que regian á un tiempo diferentes comarcas ó fortalezas de Castilla,

acaso subordinados á uno principal, como en lo antiguo lo estaban los condes al duque de la provincia. Citanse entre estos Nuño Fernandez, Nuño Nuñez, Gonzalo Telliz, Rodrigo Fernandez, Gonzalo Fernandez, y Fernan Gonzalez, que aparecen como pobladores, Nuño Nuñez de Roa, Gonzalo Telliz de Osma, Gonzalo Fernandez de Oca, Coruña del Conde y San Estéban de Gormaz, Fernan Gonzalez de Sepúlveda. Todos estos

tido por Abderrahman III. En 968 Moez ben Ismail habia enviado un ejército á las órdenes de Balkin ben Zeir para castigar las tribus zenetas que se habian

condes y algunos otros cuyos nombres se suelen encontrar en las escrituras gobernaban temporalmente y sin orden de sucesion los países ó ciudades que se les encomendaban.

Muy pronto mostraron así los condes como los pueblos de Castilla, tendencias á emanciparse de los reyes de Asturias y Leon. Pruébalo la temprana rebelion de Nuño Fernandez contra Alfonso III. su suegro; el duro castigo que Ordoño II. hizo en los cuatro condes desobedientes, la eleccion que se supone de los dos jueces, y que probablemente entonces no tuvo mas objeto que proveerse á sí mismos de magistrados que les administraran justicia mejor que solian hacerlo los monarcas leoneses, hasta que vino el ilustre Fernan Gonzalez, hijo de Gonzalo Fernandez, que con su esfuerzo, valor y destreza supo conquistar poco á poco la independencia de Castilla.

Vemos desde luego á Fernan Gonzalez eclipsar con su nombre á otros cualesquiera condes subalternos que en Castilla hubiese; dependiendo todavía del belicoso rey de Leon Ramiro II. hacer un papel importante en los mas graves sucesos de la época, pelear por su cuenta con los musulmanes y vencerlos muchas veces: aun preso en las cárceles de Leon despues de frustrada su primera tentativa de independencia, merecer tal consideracion y respeto al monarca que para obtener su juramento de fidelidad hubo de pactar el enlace de su hijo primogénito con la hija del conde: vémosle mas ade-

lante todavía, ó por política ó por fuerza, al servicio de Ordoño III.: mas luego aparece (siempre rivalizando su poder con el de los reyes), entronizando á Ordoño IV., casado con su hija la repudiada del III., y lanzando del trono á Sancho el Craso, su aliado anteriormente: y por último conducirse en sus luchas con los reyes de Leon y Navarra con tal actividad, sagacidad y política, que llega á sacudir definitivamente la dependencia de Leon, y á quedar como un soberano absoluto entre ambos reinos, siendo de esta manera el fundador del condado independiente de Castilla, nueva soberanía que en menos de un siglo habia de convertirse en el mayor y mas preponderante de los reinos cristianos de la Península, hasta absorber en sí con el tiempo todas las demas monarquías de España.

Casado Fernan Gonzalez con Sancha, hija del rey Sancho Abarca de Navarra, habia tenido de ella varios hijos, de los cuales por muerte de los primogénitos le sucedió en el condado Garcia Fernandez, tomando ya esta soberanía el carácter de hereditaria.

Tal fué el principio de la independencia de Castilla, cuyo ilustre fundador fué harto esclarecido por sus hazañas verdaderas, sin necesitar para serlo de las que posteriormente hayan podido ser inventadas por romanceros ó historiadores.

En un monumento erigido en la ciudad de Burgos, que lleva el nombre de *Arco de Fernan Gonzalez*, levantado, dicen, sobre el

negado á reconocer su imperio. El edrisita Alhassan que gobernaba el Magreb á nombre de los califas de Córdoba abandonó deslealmente la causa de su soberano, y se unió á los fatimitas que hacian proclamar en las ciudades y mezquitas africanas el nombre de Moez. No sirvió una victoria que Ghiafar, general de Alhakem, alcanzó en 972 contra los fatimitas. La guerra prosiguió viva, y habiendo hecho traicion á Ghiafar los gefes zenetas, tuvo que retirarse á Andalucía, donde el califa recompensó sus servicios con el título de *hagib*. Asustado Alhakem con el rápido engrandecimiento de sus rivales de Africa, envió al walí Mohammed ben Alcasim con numerosas huestes al Magreb, pero batido por las cabilas berberiscas del traidor Alhassan, pereció en un sangriento combate el caudillo andaluz, y los restos de su destrozado

solar de la casa que habitó el insigne conde, se lee una inscripcion latina, que viene á decir: *A Fernan Gonzalez, libertador de Castilla, el mas excelente general de su tiempo, padre de grandes reyes; á su ciudadano, en el solar de su misma casa, para eterna memoria de la gloria de su nombre y de su ciudad.* Otra mucho mas pomposa se leía en el monasterio de San Pedro de Arlanza, cerca del altar mayor en un sepulcro de mármol sostenido por leones.

Estos nombres patronímicos ó apellidos de Castilla, terminados en *ez* como *Rodriguez, Gonzalez, Fernandez, Nuñez*, etc., vienen de la costumbre de añadir al nom-

bre de los hijos el bautismal de los padres. Y como en los documentos públicos se los nombra en latin: *Nunnius Roderici, Rodericus Ferdinandi, Ferdinandus Gundisalvi*, suprimiendo el *filius*, suplíase en castellano con aquella terminacion, que equivale en español al *fitz* de los ingleses, al *witch* de los rusos, al *ben* de los árabes, etc.

Sobre Fernan Gonzalez y los condes de Castilla pueden verse y cotejarse los documentos recogidos en Sandoval, Yepes, Argai, Sota, Berganza, Salazar de Mendoza, Coronel, Florez en el tomo 26 de la España Sagrada, y otros varios.

ejército se refugiaron á Tánger y Ceuta, las solas ciudades que quedaban al soberano cordobés. Aun no desalentado éste, despachó á Galib con nuevas fuerzas, diciéndole: «No volverás aquí sino muerto ó vencedor: el fin es vencer; así no seas avaro ni mezquino en premiar á los valientes.» El califa y su caudillo sabian bien el poder que tenia el oro para con aquellos interesados y venales africanos. Las instrucciones fueron ejecutadas; el cebo se derramó copiosa y diestramente, y las codiciosas tribus se dejaron ablandar en tal manera, que en una sola noche se vió Alhassan abandonado de todas sus tropas, á escepcion de algunos caballeros que le ayudaron á refugiarse en la inaccesible *Peña de las Aguilas*, donde habia dejado su harem y sus tesoros.

Rodeó Galib la roca con toda su hueste, y cortando el agua á los sitiados vióse Alhassan reducido á tal extremidad, que hubo de someterse á la avenencia que le propuso Galib, asegurándole su vida, su libertad y sus tesoros, á condicion de venir á España á hacer por sí mismo su sumision á Alhakem (973). Con esto se posesionaron las tropas andaluzas de la *Peña de las Aguilas*; redujo seguidamente Galib todos los pueblos y fortalezas de Almagreb, puso en Fez un walí de su confianza, y asegurado aquel imperio para el califa en un solo año de campaña, embarcóse en Ceuta para Algeciras (974), llevando consigo al último descendiente de los Edris. Admirable fué la

galantería y la generosidad de Alhakem con aquel ilustre prisionero á pesar de su pérfida conducta. Viendo ya en él solamente á un enemigo vencido que venia á ponerse en sus manos, y queriendo al propio tiempo honrar al general vencedor, él mismo con su hijo Abdelaziz y los principales jeques de Córdoba salió á recibirlos á cierta distancia de la ciudad. Cuando se avistaron, apeóse Alhassan y se postró á sus pies. Pero el califa le alargó su mano, y haciéndole que volviese á montar y le acompañase á caballo, entró Alhakem en Córdoba llevando á un lado á Alhassan y á otro á Galib, recibiendo las aclamaciones de la agolpada muchedumbre. No contento con esto el generoso califa, mandó hospedar en el palacio Mogueiz á Alhassan y su familia, señalando rentas de príncipe al que habia sido tan ingrato y desleal enemigo. Cuentan que gastaba con él y con los demas africanos, que eran unos setecientos, lo que bastaria para vivir siete mil; con lo cual muchos de ellos se establecieron en Córdoba y quedaron al servicio de Alhakem.

Pero pronto se cansó Alhassan de aquella dorada prision, y pidió al califa permiso para volverse con su familia á Africa. Otorgósele Alhakem aunque con disgusto, y á condicion de que hubiera de residir en el Africa Oriental, donde su presencia era menos peligrosa. Embarcóse, pues, el africano con su familia y sus tesoros en Almería para Tunez (976). Mas desde

alli partió á Egipto, donde puesto bajo la proteccion del califa Moez por cuya causa habia peleado en Africa, siempre ingrato y pérfido, escribia cartas insultantes á Alhakem, que las recibia con desdeñoso silencio ⁽¹⁾. «Asi se extinguió, dice un escritor erudito, la última huella del imperio de Edris, cuyo postrer vástago vivia de las limosnas de un califa y de la clemencia de otro.»

Desembarazado de la guerra de Africa, pudo Alhakem dedicarse ya exclusivamente á sus ocupaciones favoritas, la administracion del estado y el fomento de las letras y de las artes. Por complacer á su muger predilecta Sobeiha hizo celebrar con gran magnificencia el reconocimiento y proclamacion como futuro sucesor de su hijo Hixem, aunque muy niño. Con este motivo se leyeron en la solemne asamblea de la jura elegantes composiciones en verso de los mejores ingenios de España. Los escritores árabes se complacen, como siempre, en enumerar las obras que se presentaban, el premio que cada una obtenia, juntamente con los nombres y una reseña biográfica de sus autores. Por el número de estos se comprende bien los progresos que la amena erudicion habia hecho entre los árabes de España, y la estimacion grande que gozaban los literatos en el reinado del segundo Alhakem.

Si en tiempo de su padre Abderrahman se habia

(1) Conde, part. II. cap. 91 y 92.

estendido hasta las mugeres la ilustracion, el alcázar de Alhakem era como un plantel de literatas que hubieran podido ser el ornamento de la buena sociedad en los mejores siglos. Radhiya, la *Estrella Feliz* que llamaba Abderrahman III., habia pasado del padre al hijo; era poetisa é historiadora, y aun despues de la muerte de este príncipe hizo un viage á Oriente donde se captó la admiracion de todos los sabios. Lobna, versada en la gramática y poesia, en la aritmética y en otros ramos del saber humano, prudente además y celebrada por la agudeza de sus pensamientos, era de quien se valia el califa para escribir sus asuntos reservados: Ayxa, de quien dice Ebn Hayan que no habia en España quien la aventajara en elocuencia y discrecion, ni en belleza y buenas costumbres: Cádiga, que cantaba con dulcísima voz los versos que ella misma componia: Maryem, que enseñaba en Sevilla literatura con gran celebridad á las doncellas de las familias principales, y de cuya escuela salieron muchas alumnas que hacian las delicias de los palacios de los príncipes y grandes señores; y otras que los escritores árabes enumeran con muy justo y fundado placer.

El ejemplo del califa no era perdido para los walis y vazzires de las provincias, que en sus respectivos gobiernos no perdian ocasion de fomentar las ciencias y de proteger y premiar á los doctos. Habíase hecho ya gusto de la época el dedicarse á la cultura

del espíritu. La historia nos ha conservado la descripción de cómo solían invertir el tiempo los literatos en sus reuniones amistosas. Ahmed ben Said, docto y rico alfaquí de Toledo, tenía costumbre de reunir en su casa todos los años, en los meses de noviembre, diciembre y enero, hasta cuarenta amigos aficionados á la bella literatura, así de la ciudad como de Calatrava y otras poblaciones. Reuníanse en un salón, cuyo pavimento estaba cubierto de alfombras de lana y seda, con almohadones de lo mismo, y cubiertas las paredes de tapices y paños labrados: en medio de la gran sala había un grueso cañon cilindrico lleno de lumbre, especie de estufa alrededor de la cual se sentaban. Comenzaba la sesion ó conferencia por la lectura de algun capítulo ó seccion del Coran, ó bien por algunos versos, que luego comentaban, y seguían despues otras lecturas, sobre las cuales cada uno emitía sus ideas. De tiempo en tiempo se suspendía la conferencia, y entraban los esclavos con perfumes para quemar y con agua de rosas para sus abluciones. Despues hacía el medio día les servían una mesa sencilla pero abundante. Ningun habitante de Toledo, aunque los había muy ricos, era tan generoso y espléndido como Ahmed ben Said, llegando á tanto su amor á las letras que solía pensionar y tener en su casa muchos jóvenes que buscaban su instruccion. Habiéndole hecho el califa prefecto de los juzgados de Toledo, un cadí de la misma ciudad, envidioso de su

popularidad y fama, asesinó en su casa á aquel hombre inapreciable y singular.

Inútil es decir que Alhakem buscaba los mas doctos profesores del Oriente y Occidente para que dirigiesen la educacion del príncipe su hijo: y supondriase, si las historias no nos lo dijeran, que tenía colocados á todos los hombres literatos y doctos en los mas honoríficos y eminentes puestos del estado.

Al empadronamiento ó matrícula general que mandó hacer de todos los pueblos del imperio debemos las siguientes curiosas noticias estadísticas de la poblacion y riqueza que alcanzaba entonces la España musulmana. Había, dicen, seis ciudades grandes, capitales de capitanías, otras ochenta de mucha poblacion, trescientas de tercera clase, y las aldeas, lugares, torres y alquerías eran innumerables. Suponen algunos que solo en las tierras que riega el Guadalquivir había doce mil: que en Córdoba se contaban doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas públicas, y novecientos baños para el pueblo. Las rentas del estado subían anualmente á doce millones de mitcales de oro, sin contar los del azaque que se pagaban en frutos. Esplotábanse muchas minas de oro, de plata y otros metales por cuenta del rey, y otras por particulares en sus posesiones. Eran celebradas las de Jaen, Bulche y Aroche, y las de los monte del Tajo en el Algarbe de España. Había dos de rubies á la

parte de Beja y Málaga. Se pescaban corales en la costa de Andalucía, y perlas en la de Tarragona. La agricultura prosperó también grandemente al abrigo de la larga paz que supo mantener Alhakem: se construyeron canales de riego en las vegas de Granada, de Murcia, de Valencia y Aragón: se hicieron albuheras ó pantanos con el propio objeto, y se aclimataron multitud de plantas acomodadas á la calidad de cada terreno. En suma, dice el autor árabe que nos suministra estas noticias, este buen rey convirtió las espadas y lanzas en azadas y rejas de azado, y trasformó los belicosos é inquietos musulimes en pacíficos labradores y pastores. Los hombres mas distinguidos se preciaban de cultivar sus huertos y jardines con sus propias manos; los cadíes y alfaquíes se holgaban bajo la apacible sombra de sus parrales, y todos iban al campo dejando las ciudades, unos en la florida primavera, otros en el otoño y las vendimias. Envidiable estado y admirable prosperidad el de la España árabe de aquel tiempo, que casi nos hace sospechar si habrá alguna exageracion de parte de sus escritores nacionales, si bien no desconocemos cuán grande y feliz puede hacer á un estado un príncipe ilustrado y virtuoso que tiene la fortuna de suceder á otro príncipe no menos grande, filósofo é ilustrado.

Muchos pueblos, continúa el mismo historiador, se entregaron á la ganadería, y trashumaban de unas

provincias á otras procurando á sus rebaños comodidad de pastos en ambas estaciones, en lo cual seguían la inclinacion y manera de vivir de los antiguos árabes que de este modo pastoreaban sus ganados, buscando en la *mesaifa* ó estacion de verano las alturas frescas hácia el Norte ú Oriente, y volviendo al fin de la estacion para la *mesta* ó invernadero hácia los campos abrigados del Mediodía ó Poniente. Llamábanse estos árabes *moedinos*, vagantes ó trashumantes (1).

Largo fuera enumerar todas las obras asi literarias como artísticas, industriales y de ornato y comodidad pública que se debieron al ilustre Alhakem. La famosa biblioteca del palacio Merḡan dicen que se aumentó hasta seiscientos mil volúmenes (2); cifra asombrosa para aquellos tiempos, cuando hoy mismo con el auxilio del gran multiplicador, la imprenta, y con los progresos admirables de la mecánica son pocas todavía las bibliotecas que reúnen tan considerable número de libros. Siendo la poesía como innata á los árabes y una de las bases de su educacion, no podía Alhakem dejar de ser poeta, y lo era por educacion y por genio (3).

(1) Es fácil, añade Conde, que de estos *moedinos*, alterado el nombre, haya procedido el de nuestros ganados *merinos*. Y de aquí, no sin verosimilitud, opinan muchos que ha podido traer su origen la institucion conocida en España con el nombre de *Mesta*, que tenia un objeto semejante y ha durado hasta nuestros días.
(2) Ebn Alabar, in Casiri.
(3) Bella y notable es la composicion que dedicó á la sultana favorita Sobehya cuando partió para la campaña de San Esteban de Gormaz.

De tus ojos y los míos—en la triste despedida
De lágrimas los raudales—inundaban tus megillas:
Líquidas perlas llorabas,—rojos zafires vertias,

Dicen que solia dar á su hijo Hixem los consejos siguientes: «No hagas sin necesidad la guerra: manten la paz para tu ventura y la de tus pueblos: no desenvaines tu espada sino contra los malvados: ¿qué placer hay en invadir y destruir poblaciones, arruinar estados y llevar el estrago y la muerte hasta los confines de la tierra? Conserva en paz y en justicia los pueblos, y no te deslumbren las falsas máximas de la vanidad: sea tu justicia un lago siempre claro y puro, modera tus ojos, pon freno al ímpetu de tus deseos, confía en Dios, y llegarás al aplazado término de tus dias.» ¡Coincidencia singular! Estas máximas son casi las mismas que inculcó Hixem I. á su hijo Alhakem I. Ahora es Alhakem II. el que las recomienda á su hijo Hixem II. Perdidos fueron los consejos de ambos padres, y distantes estuvieron de observarlos los dos hijos.

Pasaron los dias del esclarecido Alhakem II., dice su cronista arábigo, como pasan los agradables sueños que no dejan sino imperfectos recuerdos de sus ilusiones. Trasadóse á las mansiones eternas de la otra vida, «donde hallaria, como todos los hombres,

Juntos en tu lindo cuello—precioso collar hacian:
 Extraño amor al partir—cómo no perdí la vida:
 Mi corazon se arrancaba,—el alma salir queria:
 Ojos en llanto anegados,—aquellas lágrimas mias
 Si del corazon saliern,—en su propia sangre tintas,
 Este corazon de fuego—¿cómo no se deshacia?
 Loco de amor preguntaba,—¿dónde estás, bien de mi vida?
 Y estaba en mi corazon,—y con su encanto vivia....

aquellas moradas que labró antes de su muerte con sus buenas ó malas obras: falleció en Medina Zahara á 2 de safar del año 366 (976), á los 63 años de su edad, y á los 15 años, 5 meses y 3 dias de su reinado: fué enterrado en su sepulcro del cementerio de la Ruzafa ⁽¹⁾.»

Con la muerte de Alhakem II., último califa de los Beny-Omeyas que mereciera el renombre de ilustre, variará completamente la situacion de todos los pueblos de España, musulmanes y cristianos. Se levantará un genio extraordinario y colosal, que amenazará acabar de nuevo con la independenciam y la nacionalidad española, extinguir en este suelo la fé del Crucificado, llevar hasta el último confin de España el pendon del Profeta y frustrar la obra laboriosa de cerca de tres siglos. Examinaremos en otro volúmen esta época fecunda en graves sucesos.

(1) Conde, cap. 94.